

LIBERTAD FISICA Y LIBERTAD MORAL

Libertad en general es la ausencia de necesidad. Un ser que obra *necesariamente* de un modo determinado no es libre. El agua necesariamente se desliza hacia abajo, no puede remontarse hacia arriba, no es libre. Una planta en las debidas condiciones se nutre y crece necesariamente, no está en su mano hacerlo o no. Los animales, aunque nosotros hablamos de ellos a veces como si tuvieran libertad, están determinados en cada caso necesariamente por lo que más atrae a sus sentidos y a sus tendencias en aquel momento, no pueden reaccionar contra ellas; no son libres. El hombre en cambio, en muchísimas ocasiones, puestas todas las condiciones para actuar, puede hacerlo o no y suponiendo que obre, muchas veces puede hacerlo de una manera o de otra. Es libre. Podemos definir la libertad diciendo que es *el poder de hacer o no hacer esto o aquello*.

Este poder puede ser meramente *físico* o además *moral*. Será meramente *físico* si no hay ninguna ley física o ningún obstáculo físico que se le oponga. Y será poder físico y *moral* a la vez si tampoco se opone ninguna ley moral, o sea ni la ley de Dios ni de la Iglesia, ni del Estado ni otra cualquiera del propio Estado. Por ejemplo no tengo poder físico de pasar a través de las paredes, ni de volar sin aparato alguno. No tengo pues libertad para eso, ni siquiera física. En cambio puedo, *físicamente*, decir mentiras o blasfemias, pero no puedo *moralmente*, puesto que la ley de Dios lo prohíbe. Tengo libertad física para ello, pero no libertad moral.

Nuestra libertad pues es muy limitada. Limitada en el orden físico por las leyes de la naturaleza y limitada en el orden moral por las leyes divinas y humanas. Somos libres sólo dentro del campo de nuestras posibilidades físicas y morales. Y aún dentro de ese campo común a todos, pueden surgir y de hecho surgen, otras limitaciones propias de cada uno. Limitan la libertad, la ignorancia, la irreflexión, el miedo, las pasiones, las inclinaciones nativas y los hábitos adquiridos cuando son involuntarios.

Estas limitaciones de la libertad hay que tenerlas en cuenta cuando se discute sobre la existencia de la libertad, pues frecuentemente se arguye de casos concretos, y hasta generales, en que por un accidente de esos, efectivamente, no hay libertad. Pero no demuestra que no exista la capacidad-libertad, solamente demuestra que aquellos individuos, en aquellos casos, tienen impedido, con culpa o sin ella el ejercicio de la libertad.

Porque con la libertad, la libertad *física*, no la *moral*, mucho más que con la inteligencia, ocurre que un mismo individuo puede tener más o menos según lo que la cultive. Cultivar la libertad es ejercitarla. Y ejercitar la libertad no es hacer actos raros o extraordinarios, sino sencillamente deliberar sobre una acción, aunque sea la más corriente y que hacemos todos los días, pensando *porqué la hacemos y si está bien que la hagamos* y determinarnos por decisión propia a hacerla o no hacerla. Por lo tanto las personas que reflexionan poco o nada sobre las acciones que hacen durante el día y que las hacen más que por propia decisión, *determinados* por la

rutina, o por la atracción puramente sensitiva, o por imitación de los demás o arrastrados por las circunstancias, esas personas hacen pocos actos libres. Son poco libres.

En cambio los santos, llevados por su afán de emplear toda su vida en el servicio de Dios, someten a una minuciosa revisión todas y cada una de sus acciones y pensamientos y deseos, los extraordinarios como los más corrientes, lo mismo el trabajo que el descanso, el comer y el dormir, la oración y el paseo, y lo que encuentran de acuerdo con la voluntad de Dios, por propia determinación deciden hacerlo, porque es voluntad de Dios, de tal modo que si no lo fuera no lo harían. Hasta este punto hacen depender todo su obrar de su libre decisión. Los santos son toda su vida libres. Son las personas más libres porque son las que ejercitan más la libertad, se entiende la libertad física, o psicológica, como también se llama.

Y los santos, y en menor escala todos los que se esfuerzan en serlo y en general todos los cristianos prácticos, aunque se habituen a hacer actos de virtud que por eso les resultan más fáciles, no por eso pierden la libertad ni mérito al hacerlos. Porque como el hábito lo adquieren libremente son libres también los actos hechos en virtud de un hábito libre. E igualmente, como el hábito se adquiere con esfuerzo, el mérito de este esfuerzo se proyecta en todos y cada uno de los actos hechos en virtud del mismo hábito.

La libertad moral es mucho más limitada, porque dentro del campo de la libertad física, un gran número de leyes divinas y humanas nos señalan el camino que hemos de seguir casi en todo momento. *Nos señalan*, nada más, de un modo taxativo si se quiere, pero sólo *nos señalan* el camino; corresponde a nuestra determinación seguirlo. Debemos cumplir la ley y hacemos mal si no la cumplimos, pero físicamente podemos no cumplirla; de modo que si la cumplimos es porque queremos. Esto es lo que da mérito a nuestras acciones. Porque no tiene ningún mérito, por ejemplo, que seamos más altos o bajos, que circule nuestra sangre, que respiren nuestros pulmones, porque estas acciones no dependen de nosotros. En cambio tiene mérito que cumplamos la ley, porque aunque obligatoria, es nuestra voluntad, no la misma naturaleza, lo que nos determina a cumplirla. Y el mérito es tanto mayor cuanto más esfuerzo nos cuesta decidimos a cumplir la ley cuando hubiera sido más fácil y hasta quizás más placentero no cumplirla.

Cabe preguntar si la obligación moral llena todo el campo de la libertad física de modo que no quede ningún espacio de libertad moral. Es una cuestión discutida. Desde luego este campo es más reducido de lo que comunmente se cree. Pues entre la ley divina natural y positiva, la ley humana eclesiástica y civil, y las obligaciones profesionales y familiares, quedan señaladas casi todas las acciones de nuestra vida y el modo de hacerlas. Por eso las personas de conciencia, no ya escrupulosa, sino tan sólo delicada, ven deber en todas partes. Pero aún así a primera vista parece que dentro de algunos límites queda libertad moral, ya que por ejemplo si un señor se compra una corbata, porque realmente le hace falta, parece que pueda obrar igualmente bien si se la compra de uno o de otro color, así que por lo menos en casos como este sería física y moralmente libre puesto que ninguna ley ni obligación le impondrían un determinado color.

Pero los ascetas y místicos observan que si bien es cierto que hay cosas de cuyo indiferentes como esa del color, pero por razón del fin o de las circunstancias resultará siempre que es mejor lo uno que lo otro y añaden que todos estamos obligados a hacer en cada caso lo mejor, lo más perfecto, porque no es razonable ni probable no querer llegar a toda perfección de que uno es capaz y porque Dios nos

manda a todos ser lo más perfectos posible puesto que dirigiéndose a todos dijo Jesús: «*Sed perfectos como mi Padre es perfecto*». Según esto, estaríamos obligados a hacer siempre lo más perfecto, y como en cada caso un modo de obrar sería más perfecto que otro, resultaría que en cada caso y en cada momento tendríamos señalado el camino por el deber. No tendríamos libertad moral ninguna; porque esto es la libertad moral: la ausencia del deber.

Esto en teoría; ya que en la práctica se necesita tener una conciencia muy bien formada y muy delicada para poder distinguir en cada caso lo mejor. Y como la inmensa mayoría de la gente están muy lejos de tener tal formación y tal delicadeza resulta que muchas veces entre dos cosas buenas pueden elegir la que quieran ya que no podrían contestar, aunque se hiciesen la pregunta, cual es moralmente la mejor. Prácticamente, pues, hay libertad moral y en más o menos escala según la conciencia de las personas. Pero según la opinión propuesta no sería ninguna ventaja dicha libertad moral ya que provendría de una falta de conocimiento moral y haría que, aunque sin culpa, no se llegase a toda la perfección de que se es capaz. De modo que cuanto más perfecta una persona, menos libre moralmente. Los santos que hemos dicho que eran los más libres físicamente serían los menos libres moralmente con gran ventaja para ellos porque esforzándose en cumplir constantemente los dictados del deber (deber de mayor perfección, pero deber), llegan a toda la perfección de que son capaces.

Para terminar estas reflexiones sobre la libertad diremos dos palabras sobre el *determinismo*. Se llaman *deterministas* todos los sistemas que niegan la libertad, porque no es nuestra voluntad que se determina —dicen— sino que en sus decisiones viene necesariamente determinada o por las leyes de la materia (*determinismo materialista*) o por el hado (*determinismo fatalista*) o por factores psíquicos (*determinismo psicológico*). Como este determinismo es el que se presenta con más apariencias de verdad vamos a resolver su clásica dificultad: El hombre —dicen— obra siempre por los motivos que más le atraen. Y siempre hay unos motivos que atraen más que otros. Luego son los motivos los que determinan necesariamente la voluntad del hombre. No es ella que se determina. No es libre. Respondemos: es cierto que el hombre obra siempre por los motivos que más le atraen; pero eso no quiere decir que sean *los motivos que la determinen*; puede ser *la voluntad que se determina* por los motivos que más le atraen. Y además el que unos motivos atraigan más que otros eso ya depende de la voluntad. Porque una cosa según que la consideremos más o menos, bajo un aspecto o bajo otro, nos atraerá más o menos y esta consideración depende de la voluntad que quiera hacerla o no. De modo que el hombre obra por los motivos que le atraen más, sí, pero *esos motivos, son sus motivos* como observó agudamente el Cardenal Mercier. Así es que *es la voluntad que se determina por sus motivos*. Por lo tanto es libre.

Dr. CAMILO RIERA, pbro.